



La muerte

¡La muerte!

Es el fin inevitable de todo hombre que viene a la vida.

Tarda más o menos en llegar, pero llega.

No hay memoria de uno solo que se haya librado de morir.

No hay esperanza tampoco de que pueda haber uno que sortee ese final obligado.

¡La igualdad entre los hombres? ahí está, en el morir.

Muere el rico y muere el pobre; muere el sabio y muere el ignorante;

muere el cristiano y muere el infiel.

Todos acaban en lo mismo, en gusanos y en polvo.

Esto es del lado de acá de la muerte.

Del lado de allá ya no es esto.

Más allá de la muerte, allí mismo donde la muerte consume su obra destructora, empieza la eternidad.

¡La eternidad!

La vida que no tiene término.

La vida que no tiene fin.

La vida exenta ya de la muerte.

¿La misma vida para todos? no.

La vida depende de los órganos que la alimentan y sostienen.

Un pulmón lesionado acarrea una vida miserable.

Un corazón averiado acarrea una vida desgraciada.

Un estómago que funciona mal acarrea una vida penosísima.

La más ligera perturbación en un órgano de nuestro cuerpo altera nuestra vida, haciéndola infeliz.

¿Se lleva a la eternidad una inteligencia falta de fe y una voluntad herida por el pecado? no hay manera de vivir la vida feliz de la eternidad.

Se vivirá una vida eterna, porque las almas no mueren, pero una vida desgraciada.

Y se vivirá una vida eternamente desgraciada, si el alma llega a la eternidad muerta a la acción de la gracia.

El infierno es su lugar.

En la muerte finó el tiempo de la salud y del merecimiento.

¡La muerte!

No hay nadie que no la vea muy lejos de sí.

Hasta el que siente ya su zarpazo, vive con la esperanza de librarse de sus garras.

Pero contra toda esperanza llega al fin, y siempre cuando menos se pensaba en ello.

Más avisados, procuraríamos vivir de modo que no nos sorprendiera.

Más creyentes, nos anticiparíamos a ella en el esperar tranquilo de su venida.

Santos fuéramos, y la desearíamos.

¿Por vernos libres de los dolores y de los cuidados de la vida? No, porque es el paso obligado para llegar a Dios.

Para amarle como El merece ser amado.

Para poseerle con todos los bienes que El posee.

Para disfrutar de su misma felicidad.

Para vivir de su misma vida, sin sombras que nos lo oculten.

¡La muerte! de aspecto horrible es.

Hija del pecado, ¿cómo no ha de serlo?

Pero horrible y todo, mensajera es de la vida.

De la vida que no tiene término.

De la vida que no tiene fin.

De la vida en una eternidad feliz, si nosotros hemos sabido merecerla con nuestras buenas obras.

M. DE SANTA CATALINA.

PAX VOBIS

Año XXVIII

Zaragoza, 5 Noviembre 1926

Núm. 661

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 5

Teléf. 1578

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ

Calle Benavente y Moriones, 5.
fábrica de toquillas (antiguo
camino del Sábado).

¿QUÉ ES EL HOMBRE?

Lo más acabado,
Lo más peregrino,
Y el ser más divino
Que el Señor creó,
Porque tiene un alma
Con inteligencia,
Razón y conciencia,
Que Dios se la dió.

Lo más despreciable,
Lo más insensato,
El ser más ingrato
Y el más desleal;
Que hay en sus pecados
Todas las pasiones
Y las tentaciones
Del original.

El hombre no es sabio,
No tiene grandezas,
Ni tiene riquezas
Ni tiene poder;
El hombre se pasa
La vida engañando
Y falsificando
El ser de su sér.

El hombre presume
De ser el más fuerte,
Y tanto se advierte
Su equivocación
Que es el ser más débil
Y más desvalido,
Y más corrompido,
De la creación.

Cree, soberbio,
Que impera en la tierra
Y que, cuanto encierra,
Se lo debe a él;
Se imagina el necio
Que, de lo creado,
Le está encomendado
El primer papel.

Posee la fuerza,
La ciencia, el dinero,
Y el planeta entero
Con aire y con mar,
Y cualquier microbio,
Lo más despreciable,
Ruín y miserable
Lo puede matar.

Dice el muy bellaco
Que manda en la tierra,
Que triunfa en la guerra,
Que es suya la luz;
Que el mar y el espacio
Son sus propiedades
Y hasta las bondades
De la Santa Cruz.

¡Hombre poderoso!
Eres un pobre hombre,
Tu fama y tu nombre
Son como tu sér.
Hipócrita, inútil,
De Dios enemigo:
¡Ni un grano de trigo
Sabrás nunca hacer!

MARCIAL.



—Síñor.
—¿Qué ocurre, Macario?
—Que hay gente esperando.
—¿Quién espera?
—El Cañamón.
—Mira, no empieces a decir tonterías, que no tengo ganas de bromas.
—Eso m'ha dicho que le diga a usted, que le quíe ver el Cañamón.
—Pero ¿se trata de alguna persona?
—Sí, síñor, paice presona; aunque no sé, paice que no tié muy güena traza.
—Que entre...
—Muy buenos días, señor Mago.
—Muy buenos nos los dé el Señor.
—¿Tú eres el Cañamón?

—Sí, señor, yo soy el Cañamón; ya sabe usted lo que pasa en los pueblos. A mi abuelo le llamaron el Cañamón; a mi padre y sus hermanos les llamaron los Cañamónicos, y yo hi vuelto a heredar el nombre de mi

abuelo y nadie me conoce más que por el Cañamón; a veces, hasta se me olvida mi verdadero nombre, que es Serapio. Después de todo, lo mismo da llamarme Serapio que Cañamón, espárrago u cebollino. Soy el hombre más desdichao de la Creación y no siento más que una cosa, el ser hombre y tener, aquí, en la cabeza, una miaja de conocimiento pa mi mayor ruina. Siendo tan desdichaos como somos los hombres, sería mejor el ser toro, o pollino, u conejo, u piedra; porque siendo peña, no tendríamos conocimiento; porque, créalo usted, el conocimiento es el dogal en el que nos ahorcamos durante toda nuestra vida. Y pa postre de la vida, morite, que no sé lo que es pior, si morise uno y acabar, o vivir estrangulao en el patíbulo. Mi vida ha sido y es horrible, y no es que no tenga que comer y trabajo pa ganármelo, nada de eso. Pero eso, que le bastaría a un perro, a mí no me basta,

porque llevo aquí dentro, en el pecho, algo que me grita: "Tú no, tú eres más que un perro". Yo me vuelvo contra esa voz y digo: "Ya sé que no soy perro; pero sé también que yo soy más que el perro y, si soy más que el perro, ¿por qué el perro es feliz y yo no puedo serlo? El perro se harta de carne y queda satisfecho y duerme a pierna suelta, no quiere más, este es su cielo. Yo me harto también de carne, pero tengo otro estómago que nunca se llena con la carne, ni con el dinero, ni con las pasiones satisfechas, y así es que estoy siempre hambriento. Y no yo solo, mis compañeros de trabajo eran lo mismo que yo. Yo he sido obrero y he trabajao en fábrica más de treinta años y, observando a mis compañeros, vi que eran igual que yo. Sólo que ellos tenían una suerte, les gustaba el vino, se metían en la taberna, en el café, y allí, con el juego y los licores, y con otras cosas, perdían el conocimiento, se aturdían y no tenían tiempo pa pensar en su mal. Pero a mí no me gustan ni el vino, ni los licores, ni el juego, ni esas distracciones que hacen que el hombre no esté nunca en casa, quiero decir, dentro de sí mismo y no estando en mí, no pensaría continuamente en la ruina que me rodea. ¿Es poco duro el sentir dentro de mí un algo que pide como un mendigo: "Pan, pan", y no hay nadie que le dé ese pan? Hoy he tenido un altercao con mi mujer, casi le he pegao y he salido de casa medio loco y aquí me tiene usted. Empeñada en que, por ser el mes que es, que habíamos de rezar el rosario. Yo le he dicho: "Mira, Manuela, no me acalores; no esperes que rece el rosario, ni hoy, ni mañana, ni nunca. No creo en el Purgatorio, ni en el Cielo, ni en el Infierno, ni en nada, para que lo sepas de una vez, no quiero ser hipócrita".

Se me ha vuelto y me ha dicho: "Calla, calla, que no te oigan los hijos; si yo hubiera sabido que eras así, no me hubiera casado contigo; ¡pobres hijos míos, qué desgraciados vais a ser con un padre así!"

Espantao, me he tirao a la calle, con el fresco de la mañana paice que se m'ha ido el acaloro y m'he puesto a pensar: "¡Mi mujer! Si yo creyera en Dios, diría que mi mujer es una santa; yo quisiera que mis hijos se parecieran más a ella que a mí. Ella tiene el patrimonio de su fe; serán tonterías, pero es algo; cree en algo, espera en algo y esta creencia, esta esperanza la mantiene y le hace la vida más soportable. Será moneda falsa, pero le hace el papel de la moneda buena. Pero es que yo no tengo nada; no creo en nada, ni espero nada. Ella lleva un billete y espera que le caiga la lotería; pero yo no llevo ni siquiera billete. Yo soy un sin patria, sin familia y sin camisa. Y me he acordado de usted y me he dicho: ¿Quién sabe si este hombre que predica a tanta gente tiene también algo para mí? Síñor Mago, piense usted en mis hijos y, ya que yo no he sabido ser buen padre, por lo que usted más quiera le ruego me los haga hombres y me los saque de ese torbellino que les amenaza y en el cual yo mismo los estoy metiendo. Cuando mi mujer me ha dicho: ¿Qué va a ser de nuestros hijos con un padre como tú? Créame usted, me ha clavado una puñalada que me ha vuelto

loco. Yo lo sé, ya no tengo remedio; pero si lo hay todavía para mis hijos, dígamelo, me siento padre todavía. Digo que yo no tengo remedio, porque ya sé que todo es mentira. Yo salí de mi casa creyente, o lo que es lo mismo, ignorante; pero creía y aquellas creencias me hacían rezar y pedir a Dios que no me dejase de su mano. Yo, con aquellas creencias, era relativamente feliz, aunque fueran falsas. Pero fui a la fábrica y allí nadie creía. Yo pensé que no creía nadie, porque habrían recibido alguna enseñanza superior que yo ignoraba. Y esperando llegar a saber tanto como los demás fui dejando mi fe, mis deberes religiosos, mi misa, mi Virgen, en fin, todo; desde entonces, ya no he rezado más. A medida que iba perdiendo mi fe, iba también perdiendo mi paz, mi conciencia interior y mi alegría. No me alarmé por esto, pues decía: Cuando yo sepa lo que saben estos compañeros de la fábrica, me volverán la paz y la alegría que tenía antes y que me van dejando en el alma un vacío que me da miedo, me aterra. Pronto me convencí que mis compañeros habían perdido la fe, pero no la habían sustituido por nada. Mis compañeros estaban tranquilos, iban al cine, al teatro, a los toros; yo no podía tener paz. Yo no podía dejar de mirar a mañana, al porvenir y pensaba: el cine, el teatro, los toros no resuelven nada. Son cosas que pasan, entretienen, divierten, resuelven el problema de los tontos, que es el problema del presente; pero no resuelven el problema de mañana, del porvenir.

Me pareció que el patrón era un hombre serio y a él fui.

A pesar de sus apariencias, tampoco tenía fe, no creía en nada.

Le dije: "Señor, yo era creyente antes de entrar aquí; aquí he perdido mi fe. No me pena, aquello no era más que fanatismo. Pero supongo que habrá algo que la sustituya. Usted, como persona ilustrada..... Me cortó la palabra y me dijo:

—¿Te ha faltado el jornal?

—No, señor.

—¿Te han insultado?

—Tampoco.

—¿Te agobia el trabajo?

—Menos.

—Pues ¿de qué te quejas?

No me pude entender. Aquel patrón me hablaba como hablaría con un perro, si los perros hablasen.

Me di a la lectura, pensando que todos los que escribían libros eran sabios, y los sabios...

Resultado, que los libros que yo leía, que eran los que leían los demás, tampoco me resolvían nada. Decimos todos los que andamos así que, en el siglo veinte, no se puede creer, ni ser religioso, porque sabemos ya demasiado; pero me pongo a pensar y me digo: ¡Pero si no sabemos nada! Porque no creo que el saber hacer azúcar de la remolacha tenga que ver nada con la religión. Mis compañeros siguen diciendo que saben; yo soy más sincero: Es mentira, no sabemos nada. Sólo sabemos perder en el juego los dineros; en los garitos, nuestra honra, nuestra dicha, nuestra paz, pues vivimos hipotecando nuestro porvenir. Conozco obreros buenos, muy buenos, pero hay que ir a buscarlos entre aquellos que se apartan de nuestra manera de ser. No confiesan su mal, pobrecitos;

el ruido que hace el torbellino que les arrastra forma en torno suyo una nube que les roba la luz de los cielos. ¡El Progreso! Maldito seas; ha engañado a cuatro tontos de sabios y esos cuatro tontos nos están engañando a los demás. Nos han dado cuatro cacharros y, a cambio, nos han escamoteado la verdadera felicidad. Mi vida es una infamia; aunque yo me callara, mis desgraciados hijos lo dirán mañana, por el pecado de haber tenido un padre tonto que creyó que toda la dicha del hombre consistía en no ir a misa, como manda el Decálogo del maldito Progreso que está gobernando al mundo. Yo no volveré a ser creyente, he bajado demasiado; pero de hoy en adelante prometo no creer tampoco en el Progreso, que es un ente ridículo, muy grande, pero también muy hueco; parece que está lleno de oro, pero yo sé que lleva los bolsillos rotos, que no puede dar nada, porque nada lleva. Para resolver el problema de los pies ha hecho el aeroplano y los ferrocarriles; para resolver el problema de los ojos ha hecho el cine; para resolver el problema de los oídos ha hecho toda clase de músicas; para resolver el problema del estómago ha traído los abonos químicos, aunque todavía queda una gran coia por resolver; para resolver el problema del fastidio ha traído el teatro, el bar y la cocaína, etc., etc. Ha pretendido traer soluciones para todos los problemas; pero, por más esfuerzos que hace, no puede resolver un problema, se vuelve loco y nada; no puede resolver el problema del corazón. Y aquí voy cargado con este idiota de corazón que no está conforme con ninguna de las soluciones que el progreso le presenta. Y es tan discolo, tan rebelde, tan descontentadizo que, mientras él no resuelva su problema, como si no la solución de todos los otros problemas que él considera subalternos. Y no hay remedio, hay que sucumbir bajo la tiranía de ese despota feroz, que se empeña en no dejar dormir a nadie, mientras él no pueda conciliar el sueño. He salido de mi casa loco, por no haber aprendido a resolver mi problema, ni el de los míos, tal vez a pasar el rato, porque solución no la espero; he venido aquí, como hubiera ido a un curandero cualquiera. Señor Mago, dígame lo que quiera, pero dígame algo. Sobre todo, le ruego no me hable del Purgatorio; para mí el Purgatorio es un cuento de viejas y curanderías. Le tengo tanto asco al Purgatorio que por eso he salido huyendo del rosario de mi mujer. Ni creo que haya ningún hombre serio que lo admita más que los curas, por las misas que les proporciona: un *modus vivendi* como otro cualquiera.

—Cuando acabes, ya me lo dirás para empezar yo.

—Ya sé, señor Mago, que estoy hablando demasiado, pero es que he querido que usted se diera cuenta exacta de mi estado. He terminado.

—Pues precisamente, hijo mío, de lo que yo quería hablarte era del Purgatorio. Las verdades religiosas están enlazadas unas con otras que son como los eslabones de una cadena, que tiras de uno y se viene detrás toda la cadena; así, dejamos bien sentada una verdad y todas las demás brotan de allí como el agua de la fuente.

Macario.—Oiga usted, señor, y ¿durará mucho rato eso del Purgatorio?

El Mago.—Durará lo que sea menester.

Macario.—Es que, si dura mucho, el verdadero Purgatorio va a ser pa esa pobre mujer que no sabe ande s'ha metido su marido, y los chicos sin cenar, las cosas sin hacer y a dormir a las cuarenta.

Serapio.—Pero a Macario ¿qué le importa todo esto?

Macario.—M'importa, porque el verdadero Purgatorio me lo está usted haciendo pasar a mí. ¿Ayúdeme usted que esté mi madre, que era una santa?

Serapio.—Hombre, si era una santa, en el cielo estará.

Macario.—No, señor, que alguna vez se incomodaba y murmuraba de las vecinas. Y yo tengo la esperanza de que estará en el Purgatorio; si no, no habría consuelo pa mí. Ahura, si usted s'atreve, meta usted a mi madre en el infierno, vestida y calzada, como se fué al otro mundo, con unos zapatos nuevos que l'hizo el tío Pelegrin, que güen duelo que m'hicieron, ya se los habrá comido la tierra. Pues bien, si usted s'atreve a metela en el infierno con aquellos zapatos, mal impliaos...

El Mago.—Vaya, Serapio, ya sé tu vida, no has sido bueno, pero eres un hombre franco y eso te salvará. Hoy es tarde, vente otro día y arreglaremos eso del Purgatorio. Y con Macario, nada; absolutamente nada. ¿Quieres hacerme un favor?

Serapio.—Dígame.

—Entretanto, da gusto a tu mujer, reza el rosario.

—Si no sé.

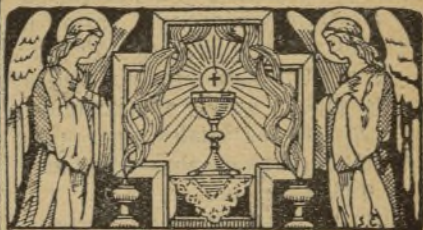
—Rézalo con la doctrina; es el primer favor que te pido.

—Lo haré.

Macario.—¿Qué va a rezar el rosario; si no tie crisma y aún pué que no esté bautizado.

El Mago.—A callar.

EL MAGO.



ECOS DEL SAGRARIO

Se le da poco a Dios; démosle nosotros.

Se hacen pocos sacrificios por Dios; sacrificuémonos nosotros.

Se le ama muy poco, pero muy poco; amémosle nosotros.

¿Quién más obligado a todo eso que nosotros que comulgamos todos los días?

Dios tiene un lado débil, un flaco. ¡Dichoso el que sabe explotar ese flaco suyo! se hace con todo El.

¿Qué lado débil es ese?

Su Corazón.

¡Nos ama tanto!

M. DE SANTA CATALINA.

HOJA PARROQUIAL DE ALCOBENDAS

Fiestas del primer Centenario
del Milagro
(Conclusión)

En Madrid.—Se hicieron honras generales por todos los devotos difuntos de este siglo. Celebré yo el Cura propio la misa y la cantó toda la capilla de música. No hubo sermón. Por la tarde, se repitieron las parejas. Por la noche, rosario y demás, como en los días precedentes.

A estas funciones asistió la mayor parte de la Grandeza de España y un innumerable concurso de gentes de Madrid y lugares circunvecinos; y, antes de celebrarlas, se limpió toda la Iglesia, se apeó y limpió el órgano, se le añadió el registro de tapadillo, y pasó su coste de 300 ducados; se aseguraron los yugos de las campanas, se hizo altar de perspectiva, que costó más de 100 ducados, en la entrada del arco toral del altar mayor; se adornaron con ramos las cornisas de la Iglesia y los postes con ramos y cornucopias; se colocaron en el centro de los cuatro arcos de la Iglesia cuatro arañas de cristal, y en el medio de ellas la araña grande de cristal que está en la Ermita de la Paz; habiendo costado todo esto D. Dionisio Antonio Sagasti, Presbítero de esta villa que, llevado de su celo y devoción, pasó a Madrid y recogió varias limosnas de los oriundos de esta villa y otras personas conocidas; y con ellas y varias alhajas que le dieron, de las cuales unas puso en rifa y otras en almonedas, costeó dichas fiestas.

En el altar de perspectiva se colocó solamente la imagen de Nuestra Señora de la Paz, en el mismo trono que tiene en su Ermita y demuestra su aparición ricamente vestida con un vestido que estrenó de color de punzó sobre muer, bordado de plata, que la regaló la Excm. Sra. Doña Nicolasa de Arias y Centurión, tía carnal del señor Conde de Puñonrostro, y adornada con sus diamantes y joyas preciosas. Al lado de la epístola se hizo una gruta donde se hizo la credencia, y al del Evangelio se hizo otra gruta semejante, donde se colocó la tinaja del milagro; vino la

capilla de música de San Felipe Neri, de Madrid, para oficiar las funciones de Iglesia. Se trajeron clarines, tambores, timbales y pífanos para las diversiones de plaza y calles.

Estamos en el mes llamado de las Animas, mes dedicado a pedir por nuestros hermanos difuntos, por aquellos que vivieron con nosotros, rieron y lloraron con nosotros y, asociados a nuestra misma vida, compartieron con nosotros sus dulzuras y sus tristezas. Por tanto, al pedir a Dios por ellos, es que tenemos el convencimiento de que siguen viviendo en la región sobrenatural, puesto que no acostumbramos a pedir por lo que ha muerto, y así, no pedimos por el cuerpo que apareció a nuestra vista deforme, descompuesto y fué acompañado por nosotros al lugar de su enterramiento para convertirse en polvo, sino que pedimos por el espíritu que verificaba ese cuerpo, y, al pedir por él, es porque vive.

Por tanto, la vida del hombre no es sólo la vida de este mundo, no se resume toda en esta vida de miserias y llanto, la vida toda del hombre, es la que empieza en la cuna y durará por toda la eternidad. Esta vida, pues, de aquí abajo es un accidente en cuanto a toda la vida del hombre. ¿Quién dirá que el tiempo empleado por un estudiante en su carrera o por un aprendiz en su oficio, constituye su vida toda? Eso es tan sólo un accidente, un tiempo de prueba que lo coloque más tarde en condiciones de ejercer su profesión y gozar el fruto de sus desvelos. La vida de este mundo, para el hombre, es, como si dijéramos un aprendizaje, el tiempo que se le ha concedido, como prueba, para el examen definitivo en el día de la cuenta.

Hay muchas frases que se insertan y repiten todos los días, y no son esas frases meditadas convenientemente para desentrañar la verdad que encierran. Le dice, por ejemplo, han sido trasladados o inhumados los *restos mortales* de fulano. ¿Se quiere decir *restos mortales*? ¿Se ha meditado bien esta frase? Al decir que

han quedado entre nosotros los restos mortales, es decir, que desapareció lo principal y nos quedaron los restos. Y no digáis que lo principal ha muerto. Eso no es cierto; pues, al decir, *restos mortales*, equivale a decir que lo principal no estaba sujeto a la muerte; es lo mismo que cuando decimos de una persona ahogada en un río, "han aparecido sus restos"; pero, yo os pregunto: ¿cuáles son sus restos? Su cuerpo completamente intacto, pero sin vida. Entonces, ¿qué constituía lo principal en ese cuerpo que sólo son restos? Lo que comunicaba la vida a ese cuerpo; y, precisamente, eso es lo que llamamos alma, eso es lo principal que desaparece en el hombre, para sumergirse en el seno de la inmortalidad.

Aparte de que el hombre siempre proclama su inmortalidad. Los mismos que niegan la inmortalidad del alma, son los que precisamente la afirman, pues a nadie se le ocurrió jamás negar lo que no existe; por tanto, al negarla, es prueba de que existe; únicamente la niegan porque les desconcierta y les deja entrever un Juez Soberano que les ha de ajustar las cuentas, y la niegan creyendo así poderse poner a cubierto de sus penetrantes miradas, que escudriñan todo el universo.

Hay más; en los actos principales de la vida de este mundo, se invoca la inmortalidad. Así, se dice, por ejemplo: "se han unido en eternos lazos", "les deseamos eterna luna de miel"; todas estas frases no tienen sentido en cuanto a esta vida caduca; se refieren a otra, a la inmortal, y es un pensamiento al que el hombre no puede sustraerse, porque Dios ha puesto en nuestro corazón un deseo ilimitado, el deseo de la felicidad, felicidad que únicamente ha de encontrar en Dios, poseído para siempre, del cual deseo, son como ecos esas frases que, sin querer, se escapan del corazón humano y hacen resaltar aquella energética y bella frase de San Agustín: "Nos hiciste, Señor, para tí y nuestro corazón no encuentra sosiego hasta que descansa en tí".

Tip. Gambón · Canfranc, 3, Zaragoza